

TERRENO PROPIO. TERRITORIO VEDADO.

Respiro hondo. Son las diez de la mañana. Tomo aire a grandes bocanadas y estoy muy cansada. Los últimos ejercicios me han dejado sin aire. Por fin terminó la clase. Que pesadez repetir las tablas una y otra vez.

Recibo una pequeña bronca de Paco, el profesor de abdominales, por las dos semanas que llevo sin pisar el gimnasio. Con su pluma característica (sí, es gay), me ha soltado lo siguiente: Cari, si quieras perder esa barriga que tanto te acompleja, y que yo no veo tan mal pues aquí se ven cosas peores y la tuya hasta podría parecer simpática (gracias Paquito), o vienes un poco más a menudo a trabajar, a sudar y a deshacerte de esas grasas de más, que a saber cómo han llegado a formar parte de tu cuerpo aunque todos intuimos que las chicas sois un hatajo de mentirosas con que si os hartáis a ensaladas pero no me resisto al placer de uno o dos donuts mañaneros para saciar mis necesidades diarias de azúcar y de hambre, pues eso (coge aire) que como sigas en ese plan, mi amor, lo tuyo no tiene arreglo.

Y pienso: Paco, hermoso, estás buenísimo con esas anchas espaldas, ese pecho bien formado y depilado, esas piernas estilizadas y musculosas y ese bulto en tu entrepierna que parece esconder un regalo grande, largo y juguetón, a buen seguro libre también de pelo alguno y que con toda seguridad desprenderá un delicioso aroma a la colonia de Jean Paul Gaultier con la que te embadurnas todas las mañanas. Sí, Paco, a pesar de todo eso, eres un pedazo de maricón y un poco hijo de puta, pero solo un poquito ¿eh? No vayas a pensar mal de mí que en el fondo te quiero mucho.

Recojo mi toalla empapada en sudor y me dirijo a los vestuarios. Por el camino me cruzo con un grupo de señores y señoras mayores que van a su sesión matutina de gimnasia de mantenimiento. Hay dos viejos ridículos que coronan sus cabezas con cintas para recoger el sudor (una de ellas tiene el dibujo de una planta de marihuana) y calcetines blancos de lana hasta la rodilla. Ríen y bromean en voz alta. Una señora de tremenda barriga y ancha cadera, embutida a presión en un body de color morado, parece mostrar orgullosa las hendiduras que le hace la piel a cada paso que da. Sus carnes flotan y se balancean con pasmosa lentitud como si estuviera dando un paseo

lunar. Hay otra señora, que viste una camiseta con publicidad de un restaurante de Marbella en letras doradas. Camina apoyada en un bastón y pienso: ¡Dios mío!, qué mal gusto, qué feo, qué aburrimiento, qué asco. ¿No estarían mejor en un geriátrico? Desde luego, no es la mejor manera de empezar el día con esta penosa exhibición de lo que nos espera tarde o temprano al común de los mortales. Yo, con mis 40 recién cumplidos, aun mantengo una figura que a lo lejos y bien vestida, podría recordar a mi delicado cuerpo de veinteañera con el que barría las miradas de machos callejeros; y aunque a veces, no soportaba la vejación de un piropo sucio y rastrero vociferado por la clásica cuadrilla de trabajadores, otras me encantaba captar la atención y las inspecciones minuciosas empapadas en deseo de los chicos de mi edad. Cimbreaba el culo, columpiaba mis tetas, estiraba el cuello y miraba de reojo con una sonrisa traviesa y altiva. Me sentía plena y poderosa. En fin, eran otros tiempos.

Cruzo por un corredor y camino junto a unas cristaleras donde el sol ilumina una piscina olímpica. Un grupo de viejos nadan de un lado para otro con una torpeza casi cómica. Dos de ellos chocan las cabezas y se ponen a discutir apoyados en las boyas de las dos calles señalizadas. Aguantan a duras penas flotando en el agua con tan solo una parte del rostro sobresaliendo. Ambos palmotean el agua como si fueran a pegarse, se escupen y maldicen. Un monitor nada a toda prisa hacia ellos para poner paz. En el lado derecho de la piscina, otras 20 personas mayores sentadas al borde, patean el agua con rabia infantil y llenan de ondas, olas y ruido el rectángulo acuático. En la zona donde hacen pie, otros ancianos se lanzan pelotas de plástico que inevitablemente terminan fuera del agua o lejos de su alcance. La lentitud de sus ejercicios es desesperante.

Pienso de nuevo: ¡Qué horror! Ojalá pudiera venir por las tardes, así me podría regalar la vista con chicos jóvenes, chicos maduros, heterosexuales y homosexuales que campan a sus anchas por este enorme recinto gimnástico y forjan sus músculos a base de interminables sesiones de pesas, abdominales, carrera en cinta o spinning, y no esta lección de final de ciclo con la que me doy de bruces todas las mañanas.

Llego a los vestuarios femeninos y enfilo uno de los cuatro pasillos de taquillas hasta llegar a la mía. Hay un extraño silencio que parece inundar esta enorme sala con más de cuatrocientos puestos de cambio de ropa y que parece vacía. Me desnudo completamente y me coloco la parte baja del bikini. Con una nueva toalla me dirijo al

fondo del pasillo donde se juntan el baño de vapor, dos saunas y un jacuzzi. He decidido relajarme un rato en el jacuzzi. Me lo merezco.

Exámino la bañera del jacuzzi; es un círculo perfecto de unos cuatro metros de diámetro y está en alto. Hay que subir cuatro peldaños y desde ella se divisa buena parte del inmenso vestuario. No veo a nadie pulular por los pasillos. No veo a nadie dentro del jacuzzi. Qué raro, aunque mejor así; estaré más tranquila. Dejo la toalla sobre una banqueta y empiezo a subir a esta especie de trono de masaje acuático cuando veo una cabeza salir de entre los borbotones que remueven el agua como en un cocido de garbanzos. Es otra señora mayor, otra vieja. Su pelo grisáceo, descolorido, le cubre buena parte del rostro, agrietado como una pared en ruinas. Tiene los ojos cerrados y los mofletes y labios metidos hacia adentro. Seguro que no lleva la dentadura postiza puesta. Me quedo inmóvil y algo asustada esperando no se qué, cuando los abre y me mira. Sus ojos son de un azul triste y pálido, diría que tiene una mirada cadavérica. Me examina de arriba a abajo y la saludo tímidamente. Por supuesto no me devuelve el saludo. Su actitud me descoloca. Parece irritada por mi presencia.

Me introduzco con tranquilidad en la bañera y me posiciono justo enfrente de ella. No entiendo a que vienen esos repasos visuales. ¿Qué se ha creído esta señora? ¿Que el jacuzzi es suyo?

Busco un chorro potente donde colocar mi cuello y parte de mi espalda castigados por las horas frente al ordenador. Cierro los ojos no sin antes observar a la poco sutil vieja que parece lanzarme cuchillos con la mirada como en un dibujo de cómic. Todo se vuelve negro y me concentro durante algo más de un minuto en el masaje que me proporcionan las burbujas de agua que salen despedidas con gran energía por los miles de tubitos que completan el jacuzzi. Mis músculos se relajan, estiro las piernas y me abro de brazos. Apoyo la cabeza sobre el borde de la bañera y dejo mi cuerpo flotar y bascular de un lado a otro, movido con suavidad por el caldeo incesante del agua. La paz sea contigo hermana. ¡Qué relax, qué tranquilidad!

Pienso de nuevo en la vieja y a mi cabeza vuelve la imagen de su chocante enfado. La intranquilidad se apodera de mí. Aún con los ojos cerrados introduzco la cabeza en el agua hasta la altura de la nariz, me siento y los voy abriendo poco a poco. No veo a nadie en frente. Los abro por completo y la vieja entra de nuevo en mi campo

visual. Se ha movido hacia mi izquierda como si fuera un cuarto de hora en la esfera del jacuzzi. Está a escasos dos metros. Saco la cabeza mosqueada y respiro. La miro. Me mira. Sigue con descaro en su actitud de despecho hacia mí. Pero bueno, ¿Qué quiere esta buena señora conmigo? ¿Qué mosca le ha picado? Es en estos momentos cuando echo de menos ser más descarada con la gente. Si fuera una *cani*, una *choni* de barrio, diría: Pero tía, ¿tú de qué coño vas? ¿Quieres que te parta la cara vieja asquerosa? Me levantaría y le soltaría dos ostias bien dadas y aquí se acabo el problema. Pero no, soy una persona civilizada y como tal me tengo que comportar. No entiendo a esta mujer. Me está poniendo de los nervios. ¿Estará loca?

Me desplazo un cuarto de hora hacia mi derecha y la vuelvo a dejar frente a mí. Cierro de nuevo los ojos y me concentro en las burbujas. Voy a pensar en positivo, voy a quitarme a esta vieja estúpida de encima.

Pongo en marcha las técnicas de relajación y respiración que me enseñaron en un taller. Tomo aire por la nariz y lo dirijo a la parte más baja del tórax. Noto como se separan las últimas costillas y se hincha el abdomen. Retengo el aire 3 segundos, y comienzo a soltarlo por la boca con los labios levemente cerrados, como si soplará con suavidad. Además llevo a mi cabeza algún pensamiento placentero. Me acuerdo de Luis, un antiguo novio con el que estuve liada hace más de cinco años. Me acuerdo del día que fuimos juntos a unos baños árabes y cómo nos quedamos solos en una sala de vapor con jacuzzi incluido. Cómo nos excitamos con la humedad, el agua caliente, las burbujas y la soledad del baño. Cómo empezamos a masturbarnos mutuamente el uno al otro. Cómo después de un buen rato meneándole con firmeza su verga bajo el agua (dura como una piedra, todo hay que decirlo), la hacía asomar al aire entre la marejada y el vaho que formaba la ebullición de la bañera. Cómo veía su estirado prepucio escupiendo el semen y cómo éste se perdía en la marea de agua caliente. Y cómo yo, a pesar de que lo que deseaba era meterme ese sable tenso y dilatado en la boca o en la vagina, me dejé llevar por la venida inminente de mi tercer orgasmo un minuto después.

Taladro mis cinco sentidos con esta nube de pensamientos impuros. Mi cuerpo se estremece y se estira. Llego a un clímax de laxitud total. De pronto, noto cómo una mano se posa sobre mi muslo muy cerca de mi vagina. Abro los ojos del tirón y veo a la puta vieja a medio metro mía mirándome con la cara descompuesta. Suelto un grito y

me aparto bruscamente hacia atrás. Le digo: Señora, ¿qué cree que está haciendo? ¿Tiene algún problema? La vieja se echa hacia atrás también, sin decir nada y sin dejar de mirarme, y como en un duelo se vuelve a situar frente a mí. Busco en su rostro una señal, algo que me revele lo que pasa por su cabeza y que me anime a salir de la bañera o a relajarme de nuevo y olvidar a esta mujer.

Inundo mi cabeza de pensamientos negativos. Salgo de la bañera. Me dirijo a la taquilla. Saco el casco de la moto. Vuelvo al jacuzzi y comienzo a golpear con ensañamiento la cabeza de la repugnante vieja hasta dejar que su cuerpo sin vida se quede flotando en al agua rodeado de una gran mancha de sangre. ¡Qué bonita es la venganza! Sí. Pero qué bien queda en la televisión o en el cine. Así habría actuado Toni Soprano en caso de encontrarse en una situación parecida. Sin miramientos, sin remordimientos. Pero yo no soy ítaloamericana, ni pertenezco a familia mafiosa alguna. Por tanto ahí sigo, emplazada frente a esta cacatúa fea y desgastada sin saber qué hacer. Ella, por su parte, sólo ha mostrado un ligero cambio en su mirada, en su rostro enojado. Se ha puesto muy colorada. Pero sigue sin decir nada, muda y con el gesto torcido.

Paso medio minuto trastornada ante este absurdo desafío. Todo parece congelado y en silencio, excepto el bullir de las aguas y los ruidos lejanos del resto del gimnasio. Pero la señora se levanta y sale con dificultad del jacuzzi. Está completamente desnuda. Ni siquiera lleva bragas. Puedo ver su pubis completamente afeitado (más bien parece que me lo quiera enseñar) con los labios mayores vaginales colgando como enormes lenguas de burro. Sus tetas son dos balones de plástico contraídos por el calor y el resto del cuerpo es un asidero de carnes fofas y derretidas. Siento cierto asco; y alegría por no encontrarme en una edad parecida a la suya. Puede rondar los noventa años y no estoy acostumbrada a tanta decrepitud y decadencia.

Me pregunto por qué tengo que tragarme espectáculos tan lamentables como éste con el dinero que me cuesta el gimnasio. Deberían prohibir la entrada a engendros como esta anciana o al menos que la enseñen a comportarse como es debido. Cuando me vista presentaré una queja formal a la dirección. Sí señor, eso haré. Pero antes, a ver si me relajo de una puta vez.

Acomodo de nuevo la cabeza al borde del jacuzzi y a la altura de su chorro más potente. Trato de olvidarme de la vieja y decido perderme otra vez en pensamientos

positivos. Cierro los ojos y dejo mi cuerpo flotar. La modorra y tranquilidad del momento me van venciendo y casi me quedo dormida.

Cinco minutos algo me espabila. Es desagradable. Es un olor extraño. Un poco nauseabundo. Abro los ojos y busco de donde proviene ese aroma repugnante que me está empezando a incomodar seriamente. De pronto, veo algo oscuro flotando justo a mi lado y rodeado de una especie de mancha aceitosa. Lo observo desconcertada y me doy cuenta de que es: ¡Caca! ¡No me lo puedo creer!

Salto del jacuzzi como empujada por un resorte a la vez que doy un pequeño chillido de histeria. Veo que dos pedazos más de pequeños excrementos nadan y se esparcen por el perímetro del jacuzzi. Me siento horrorizada y terriblemente asqueada. En ese mismo momento, dos ancianas totalmente desnudas y con las toallas alrededor del cuello, se acercan arrastrando las chanclas hacia el jacuzzi. Fijan su mirada en mí. Me observan extrañadas. ¡Qué vergüenza, Dios mío, que humillación más grande! Me tapo la cara con la toalla para que no puedan reconocerme y me alejo corriendo hacia mi taquilla donde no tengo más remedio que vomitar en el suelo. Me visto sin secarme y salgo huyendo de éste sitio inmundo. ¡No vuelvo más a este gimnasio, no vuelvo! ¡Lo juro!

JB 2011